

De catástrofes y utopías. Apuntes para un pensamiento de la relación entre hombre, naturaleza y técnica a la luz del problema de la alienación en Marx y Simondon

Prof. Luciano Andrés Carniglia

Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

En la actualidad, algunas de las voces críticas que buscan afinar la comprensión del fenómeno técnico como uno de los horizontes de sentido determinantes de nuestra contemporaneidad, atribuyen al humanismo, en sus diversas variantes, su profunda incompreensión. Ya Heidegger en su *Carta sobre el humanismo* advertía acerca de la inevitabilidad de una cada vez más creciente tecnificación de la vida. La imposibilidad del hombre de reconocerse en un mundo totalmente tecnificado, esto es, en esa naturaleza a la cual ha logrado reducir a la servidumbre y que lo enfrenta incluso a la posibilidad de su aniquilación por medio del peligro atómico, se encontraba ya implícita, como un destino, en la forma en que el humanismo pensaba la *humanitas* del *homo*¹. Así en una clave heideggeriana, Sloterdijk hará énfasis en cómo la incompreensión del fenómeno técnico se afina en una gramática humanista anclada en un horizonte aún dominado por la conceptualidad metafísica². Por su parte, para Simondon, el humanismo se corresponde con cierto clima de época que condujo a que se perdiese de vista la realidad humana en los objetos técnicos, particularmente en las máquinas. A punto tal que el hombre ya no reconociese nada de lo humano en lo artificial o incluso lo concibiese como artífice de su deshumanización. Un “humanismo de la técnica” afianzado durante los siglos XIX y XX, que aún hoy goza de plena salud, y que considera al hombre como mero portador de herramientas.

Pero, paradójicamente, ha sido del corazón mismo de este humanismo de la técnica que han surgido algunos de sus más fuertes críticos. Este es, sin dudas, el caso de Marx quien a través del concepto de alienación buscó poner en primer plano el sentimiento de ajenidad del hombre respecto de sí mismo tanto como del objeto técnico. El punto de partida de Marx es la alienación que el hombre sufre en su actividad más propia, el trabajo. Esta surge, en líneas generales, de la separación del obrero de los medios de producción. Con lo cual, para Marx, la alienación es un fenómeno propio del modo de producción capitalista que se radicaliza cuando, en su fase industrial, el trabajador se transforma en un apéndice de la máquina. No obstante, como intentaremos mostrar, los análisis de Marx de la alienación en el trabajo y de la ajenidad que el hombre experimenta frente a un objeto técnico que lo domina siguen

¹ Heidegger, M., *Carta sobre el humanismo*, Bs. As., Ed. del 80, 2000, pp. 72-75

² Sloterdijk, P., “El hombre operable” en *Artefacto*, N°4, 2001, pp. 20-29

presos de una representación estrecha de la relación entre la técnica y lo humano, dejando sin problematizar los presupuestos que vuelven posible el hecho de que el hombre no reconozca vestigio alguno de lo humano en lo artificial.

El interés del presente escrito es analizar a partir del pensamiento de Simondon, principalmente en base a *El modo de existencia de los objetos técnicos*, la manera en que éste permitiría ir más allá del concepto marxiano de alienación en base a una reconsideración, por un lado, de la relación entre tecnicidad y trabajo y, por el otro, del vínculo y los lindes entre lo humano y lo artificial. Asimismo, se intentará evaluar cierto componente utópico implícito en la idea de actividad técnica, tal como es pensada por el filósofo francés, de cara a algunas de las derivas que en la actualidad retoman sus desarrollos desde posicionamientos políticos vinculados a la filosofía de la técnica.

1.1.

La idea de lo humano en Marx presenta, como uno de sus rasgos más propios, al trabajo. Así, “el ser humano viviente solo logra su humanidad con el sudor de su frente, la fatiga de su cuerpo y las ampollas de sus manos”³. Dicha actividad, característica del hombre del humanismo, va a ser descrita por Marx en el marco del modo de producción capitalista por medio de la categoría de alienación. Marx ha sido quizás uno de los observadores más lúcidos del proceso de industrialización capitalista que introdujo profundas modificaciones en la forma en que el hombre desarrollaba su actividad laboral. Respecto de aquellas que éste fue experimentando en relación al trabajo, describe exhaustivamente el proceso por el cual el trabajador fue siendo desplazado de su rol como “portador de herramientas”. Para dicha concepción, el instrumento constituía una prolongación o extensión del cuerpo humano.

En uno de sus manuscritos de juventud, “El trabajo alienado”, Marx se encarga de analizar el creciente proceso de enajenación que tiene lugar en las sociedades capitalistas. A través de dicho proceso, el objeto que produce el trabajo termina enfrentándose al trabajador como algo que le es completamente ajeno e independiente. El trabajo que éste realiza, se fija y materializa en un objeto que termina oponiéndose al trabajador y reduciéndolo a una situación de servidumbre. Esto conduce a que la realización del trabajo redunde en una desrealización del trabajador cuya fuerza de trabajo se fija y materializa en un objeto que se le opone y frente al cual queda sometido.

³ Rodríguez, P., “De técnicas y de humanismos” en *La Biblioteca*, N°6, Primavera 2007, p. 145

Pero la alienación que Marx describe entre el trabajador y el objeto que produce se apoya en la enajenación de la propia actividad productora en el acto de producción. Dicha enajenación de la actividad se expresa en el hecho de que el trabajador no se afirma sino que se niega a sí mismo en su trabajo. “El trabajador sólo siente, por ello, que está junto a sí mismo fuera del trabajo, y que en el trabajo está fuera de sí”⁴. Su desdichada actividad redundaba en un deterioro físico y espiritual en el desarrollo de una actividad que Marx caracteriza como trabajo forzado. Incluso plantea que el hombre se animaliza en el trabajo alienado en tanto éste “sólo siente que actúa libremente en sus funciones animales –comer, beber y procrear (...) – y en sus funciones humanas sólo se siente un animal. Lo animal se convierte en lo humano y lo humano en lo animal”⁵. De este modo, el trabajador se relaciona con su propio trabajo a través de una doble enajenación que se manifiesta tanto respecto del objeto producido como de la propia actividad de producción. Se constituye entonces un mundo de objetos que se contraponen de modo hostil al trabajador y una actividad, su fuerza de trabajo, en la que éste se autoalienta ya no de un objeto sino de sí mismo.

Ahora bien, si en la manufactura, tal como sostendrá Marx, “la revolución operada en el régimen de producción [tenía] como punto de partida la *fuerza de trabajo*; en la gran industria, [lo sería] el *instrumento de trabajo*”⁶. De allí que Marx se interesara por develar “qué es lo que convierte al instrumento de trabajo de herramienta en máquina y en qué se distingue ésta del instrumento que maneja el artesano”⁷.

La incorporación de las máquinas condujo a una doble mecanización del trabajo, tanto de la parte operativa o intelectual, por la cual el trabajador era desvinculado del planeamiento como, ulteriormente, del aspecto motriz. El manejo de la herramienta para Marx implicaba que el trabajador no sólo aplicaba la fuerza motora a la producción sino que guiaba el movimiento de la herramienta realizando constantes ajustes en el proceso. La máquina, en cambio, responde a un conjunto de instrucciones que le han sido dadas de antemano manteniendo una relación de indiferencia con el entorno y sus posibles perturbaciones. Tal como sostiene, Ingold “cuando la mano solo aporta fuerza física y no su habilidad – esto es, cuando el gesto técnicamente efectivo deja de vincularse a la percepción sensorial inmediata- la herramienta (...) ya no es más ‘manejada’ [*handled*] en el sentido de Marx. La distinción esencial, como él la plantea, consiste en ‘un hombre como simple fuerza motora y como un trabajador que efectivamente

⁴ Marx, K., *Manuscritos Económico-Filosóficos*, Bs. As., Colihue, 2004, P. 109

⁵ *Ibid.*, p. 110

⁶ Marx, K., *El Capital. Crítica de la Economía Política*, T. I, México, FCE, 1973, p. 302. (subrayado en el original)

⁷ *Ibid.*

maneja herramientas”⁸.

1.2.

En el primer apartado del capítulo XIII del capital, “Maquinaria y gran industria”⁹, Marx dedica algunas páginas iluminadoras al relato del desarrollo histórico de las máquinas. Allí distingue, como rasgos definitorios de toda maquinaria, tres elementos: el mecanismo de movimiento, el mecanismo de transmisión y la máquina-herramienta o máquina de trabajo. Si los dos primeros se encargaban de comunicar el movimiento a la máquina-herramienta, ésta era la encargada de sujetar y modelar el objeto trabajado y es la que constituirá, para Marx, el punto de partida de la revolución industrial del siglo XVIII y el núcleo de transformación constante de la industria manual en industria mecanizada. Dicha transformación implicaba una profunda modificación del vínculo entre el trabajador y su instrumental dado que “la máquina-herramienta [era] un mecanismo que, una vez que se le transmite el movimiento adecuado, ejecuta con sus herramientas las mismas operaciones que antes ejecutaba el obrero con otras herramientas semejantes (...) La *herramienta* se convierte de simple herramienta en *máquina* cuando pasa de manos del hombre a pieza de un mecanismo”¹⁰. La máquina era ahora la que manejaba la herramienta pudiendo ampliamente trasvasar la barrera impuesta por el organismo humano al número de instrumentos que éste manejaba simultáneamente. La máquina consistirá en un mecanismo que maneja una masa de herramientas movidas por una sola fuerza motriz para lo cual la fuerza física del hombre empieza a ser inadecuada y pasa a ser sustituido por fuerzas motrices alternativas (animal, eólica, hidráulica, etc.). Esta posibilidad de que la máquina pueda ejecutar sin la ayuda del hombre los movimientos necesarios para la elaboración de la materia prima es lo que permite constituir según Marx un “sistema automático de maquinaria” en el que éstas no son una serie de máquinas independientes entre sí, sino un sistema orgánico de diversas máquinas en el que se abandonan los procesos parciales y diferenciados que caracterizaban la división del trabajo de la manufactura por el principio de “*continuidad* de los procesos específicos”¹¹ en los que el producto va atravesando diversas etapas como momentos parciales de un proceso objetivo y continuo. Marx sintetiza claramente, en un pasaje que nos permitimos citar *in extenso*, la doble enajenación del trabajador como una necesidad intrínseca del propio desarrollo de la técnica:

⁸ Ingold, T., *The Perception of the Environment*, London, Routledge, 2002p. 301.

⁹ *Capital*, Op. cit., p. 302 y ss.

¹⁰ *Ibid.*, p. 304 (subrayado en el original)

¹¹ *Ibid.*, p. 311

“Al convertirse en maquinaria, los instrumentos de trabajo adquieren una modalidad material de existencia que exige la sustitución de la fuerza humana por las fuerza de la naturaleza y de la rutina nacida de la experiencia por una aplicación consciente de las ciencias naturales. En la manufactura, la división y articulación del proceso social del trabajo es *puramente subjetiva*, una simple *combinación* de obreros parciales; en el sistema basado en la maquinaria, la gran industria posee un organismo perfectamente *objetivo* de producción con que el obrero se *encuentra* como una condición material de producción lista y acabada (...) La máquina no desplaza, como veíamos, a la *herramienta*. Ésta, creciendo y multiplicándose, se convierte de instrumento diminuto del organismo humano en instrumento de un organismo creado por el hombre. En vez de hacer trabajar al obrero con su herramienta, el capital le hace trabajar ahora con una máquina que maneja ella misma su instrumental”¹².

La máquina es una determinada organización de las herramientas de la producción en la que el obrero deviene una herramienta más¹³. La agencia humana es transferida, en un proceso de objetivación y externalización, al sistema de máquinas en el que los seres humanos se transforman en autores de su propia deshumanización. Pero para Marx la maquinización nace únicamente con el objetivo de aumentar la plusvalía relativa y esto es lo que conduce a la alienación. Para Simondon, en cambio, no hace falta salirse del dominio tecnológico hacia las causas socio-económicas para identificar la fuente de la alienación. Una dimensión más profunda y esencial es la responsable. Esta no es ni jurídica, ni económica, ni política sino técnica¹⁴.

2.1.

Si la alienación en el trabajo va más allá incluso del trabajo en su modalidad capitalista ésta no puede restringirse a motivos vinculados con la propiedad de los medios de producción o reducirse a factores meramente económicos. El trabajo es sólo una de las formas que puede asumir la relación entre el hombre y la técnica y se caracteriza por ocultar la naturaleza del objeto técnico. Por ello Simondon

¹² Ibid., pp. 315-316.

¹³ No obstante, inquiriendo por el lugar del hombre en la “maquinofactura” Ingold aclara que aún para Marx, quien parecería reducir su papel al de mero apéndice de la máquina, éstos seguirán siendo necesarios en tanto las “máquinas, a diferencia de los organismos vivos, no son sistemas que puedan procurarse su propio mantenimiento” (Ingold, op. cit., p. 308) haciendo inevitable la necesidad de operarios con cierta destreza y habilidad técnica. Además, sostendrá que lejos de poder reducirlo a un “apéndice” su experiencia concreta en la fábrica consiste en lidiar [*coping*] con la máquina y en desarrollar ciertas habilidades que le permiten resistir a las imposiciones que buscan reducirlo a “una operación (...) de un sistema externo de fuerzas productivas” (p. 332).

¹⁴ Chabot, P., *La philosophie de Simondon*, Paris, Vrin, 2003, p. 44

llegará a afirmar el carácter alienante de todo trabajo, tanto el del obrero como el del capitalista.

Pero para entender de qué modo la actividad técnica excede el campo delimitado por el trabajo, es preciso comprender aquello que para Simondon está detrás de la concepción tradicional de la labor humana y cuya continuidad permanecería intacta en el tratamiento que Marx lleva adelante del trabajo alienado.

Simondon se aleja de una concepción naturalista del trabajo en la que el hombre se opondría a una naturaleza que transforma y que lo condiciona, aspecto central del humanismo marxiano. Dicha concepción sostiene que mediante el trabajo, el hombre modela la materia según una forma exterior a ella. Esta “forma-intención” expresa una necesidad o utilidad para el hombre, un plan y es la actividad del trabajo la que permite o establece el vínculo entre una materia natural y la forma. Pero éstas se mantienen la una externa a la otra. Si hay un imperativo o norma del trabajo es justamente el de que el trabajador realice la síntesis entre ambos términos, materia y forma, pero en el atenuamiento a dicha norma se pierde de vista “la interioridad misma de la operación compleja por medio de la cual se obtiene dicha aproximación. El trabajo vela la relación en beneficio de los términos”¹⁵ relacionados.

Para Simondon, la adquisición de forma es en sí misma técnica. Esto significa que la mediación que, a lo sumo, el hombre puede preparar, entre materia y forma, no la realiza éste sino que se realiza a sí misma una vez que las condiciones para ello han sido creadas. En el trabajo al hombre se le escapa el “centro activo de la operación técnica”, “haría falta poder entrar, [sostendrá Simondon], en el molde con la arcilla, hacerse a la vez molde y arcilla, vivir y sentir su operación común para poder pensar la adquisición de forma en sí misma”¹⁶. Esta representación defectuosa de la operación técnica tiene su correlato o su representación filosófica. Se trata del esquema hilemórfico, “el cual representa la transposición en el pensamiento filosófico de la operación técnica reducida al trabajo y tomada como paradigma universal de la génesis de los seres”¹⁷. En *La individuación a la luz de los esquemas de forma e información* Simondon sostendrá que lo que se pierde de vista en el esquema hilemórfico es el “principio de individuación de lo viviente (...) pues atribuye a los términos una existencia anterior a la relación que los une; la manera en que la forma informa la materia no está muy precisada por el esquema hilemórfico. [Utilizarlo] es suponer que el principio de individuación está en la forma o en la materia,

¹⁵ Simondon, G., *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Bs. As., Prometeo, 2007, p. 258

¹⁶ *Ibid.*, p. 259

¹⁷ *Ibid.*, p. 258

pero no en su relación”¹⁸. Por ello Simondon intentará, justamente, derribar el esquema dualista poniendo en primer plano la realidad ontogenética del individuo, mostrando como éste no está previamente en el molde o la materia como elementos que existirían con anterioridad a la relación.

La labor humana implica, entonces, como un rasgo que le es esencial, el ser una actividad que oculta al trabajador el núcleo de la operación que realiza. El trabajo, en rigor, no es más que *una modalidad* específica y abstracta de la operación técnica que se caracteriza por imponer una forma a una materia pasiva e indeterminada. Pero la fuerza y pregnancia en el tiempo de dicha modalidad se apoyan, por un lado, en que surgen del punto de vista del espectador del proceso “que ve lo que entra en el taller y lo que sale de allí sin conocer la elaboración propiamente dicha”¹⁹ y, por el otro, en el hecho de que ésta refleja la situación socio-histórica en la que se originó: la esclavitud. “Es esencialmente la operación dirigida por el hombre libre y ejecutada por el esclavo”²⁰ y en la que la forma contiene la orden de quien lidera o gobierna el trabajo. Por ello, según Simondon, la alienación no es una contingencia de la actividad laboral sino que, en sentido estricto, todo trabajo es, de algún modo, trabajo alienado. “Los problemas del trabajo son problemas relacionados a la alienación causada por el trabajo (...) alienación que es debida esencialmente a cómo el individuo es situado dentro del trabajo”²¹.

2.2.

Es preciso entonces, para intentar pensar la relación entre lo humano y lo técnico ir más allá del paradigma del trabajo y retomar algo a lo que hacíamos mención anteriormente, la idea de que la adquisición de forma es en sí misma técnica. Esta intuición se encuentra en el centro de lo que podríamos entender como el aspecto positivo de la propuesta simondoniana.

La relación que los hombres establecen con los objetos técnicos puede darse a través de su trabajo, pero ésta no es la única relación posible. El trabajo impone una perspectiva abstracta del objeto técnico. Éste permite una comprensión del objeto únicamente en términos de instrumento o herramienta para el hombre, un objeto útil o inútil de acuerdo al fin que se le impone. Así, la alienación es vivida como una expropiación en lo artificial, por ejemplo en la máquina, de aquello que le pertenecía al hombre, su capacidad para manejar herramientas y transformar la naturaleza. Pero, en rigor, según Simondon, poco importa, para la comprensión, dicho desplazamiento. Pues la alienación no está en la

¹⁸ Simondon, G., *La individuación a la luz de los esquemas de forma e información*, Bs. As., Cactus, P. 65

¹⁹ *Ibid.*, p. 66

²⁰ *Ibid.*

²¹ *El modo de existencia*, op. cit., p. 264

expropiación que el hombre vive como deshumanización sino en reducir a una relación instrumental su vínculo con el objeto técnico. De este modo, si bien la mecanización del trabajo y la pauperización de la condición del obrero fabril, tal como lo vimos con Marx, profundizan el sentimiento de ajenidad respecto de la técnica, éste no se origina en ellas. Tanto el trabajo alienado como el no alienado se recortan sobre un mismo horizonte representacional, el del hombre como portador de herramientas.

La alienación aparece desde el momento en que el hombre se vincula con un objeto creado por él pero en el que no puede reconocer nada de lo humano. En cambio, “cuando el objeto técnico esta concretizado la mezcla de naturaleza y de hombre está constituida en el nivel de ese objeto, [y allí] la operación sobre el ser técnico no es exactamente un trabajo”²². Simondon denomina concretización a la individuación de los objetos técnicos. Estos, como los seres vivos, nunca son algo dado de una vez y para siempre “sino aquello de lo que existe génesis”²³. Su ser evoluciona por convergencia y adaptación a sí mismo en un movimiento o desarrollo que va de lo abstracto a lo concreto²⁴. Si en la individuación el ser vivo resuelve una tensión existencial²⁵, en la concretización el objeto técnico subsana dificultades de funcionamiento “adquiriendo una autonomía (...) que le permite operar una relación exitosa con el mundo natural”²⁶. El hombre trabaja cuando a través de su cuerpo, sus gestos, su individualidad se encarga de realizar la mediación entre la especie y la naturaleza. Así, pensar un hombre que ya no sea portador de herramientas implica que la mezcla de lo natural y lo humano se constituya en el nivel del objeto técnico. Éste es ahora el encargado de la mediación técnica. En ella “forma y materia están en el mismo nivel, forman parte del mismo sistema; hay continuidad entre lo técnico y lo natural”²⁷.

El objeto técnico concretizado es un objeto en el que el hombre reconoce rasgos de lo humano que proyectó y que se cristalizaron en él tales como cierto nivel de autonomía, de comunicación, de

²² Ibid., p. 258

²³ Ibid., p. 42

²⁴ Simondon lo ilustra con el caso del motor del automóvil. Los motores antiguos son abstractos, respecto de los actuales, en la medida en que sus partes intervienen en un momento puntual de su ciclo de funcionamiento sin que actúen sobre el resto de las partes. “Las piezas del motor son como personas que trabajarían cada una por turno, pero que no se conocerían unas con otras (...) En un motor actual cada pieza importante esta tan ligada a las otras por medio de intercambios recíprocos de energía que no puede ser otra que lo que es” (Ibid., p. 43)

²⁵ No obstante, Simondon advierte sobre los límites de esta analogía entre el objeto técnico y el ser vivo, límites que se sobrepasan, según nuestro autor, en ciertas especulaciones sobre los autómatas. Pues si bien el objeto técnico que se concretiza logra desprenderse de su medio asociado original, de su medio artificial logrando un grado de coherencia interna que le permite vincularse con otros objetos y alcanzar cierto nivel de automantenimiento de sus condiciones de funcionamiento, “los objetos naturales, como los seres vivos, son concretos desde el comienzo” (Ibid., p. 69) mientras que los técnicos mantendrán siempre cierta “abstracción residual” por lo que continúan siendo artificiales.

²⁶ Rodríguez, P., “Prólogo. El modo de existencia de una filosofía nueva”, en *El modo de existencia*, op. cit., p. 12

²⁷ Ibid., p. 260

intercambio de información y asociación con otros objetos. Para Simondon, la perfección de la máquina no reside en el automatismo. Éste, en rigor, es un grado bajo de perfección. Por el contrario, el incremento en el grado de perfección consiste más que en su automatización, en “el hecho de que el funcionamiento de [ésta] preserve cierto grado de indeterminación”²⁸. Esto es lo que posibilita que una máquina pueda volverse sensible a su medio exterior, a la información que la rodea. Por ello, la automatización se opone a la composición de lo que Simondon denomina un “conjunto técnico”. Mientras que el ideal de la automatización responde a necesidades económico-sociales más que técnicas, tal como lo describía Marx al hablar de la mecanización del trabajo, esto es, a una determinada organización del sistema productivo, con la idea de conjunto técnico no refiere al cerramiento de la máquina sobre sí misma en la repetición de un movimiento predeterminado y en al acoplamiento a otras máquinas sino a la constitución de un conjunto de máquinas abiertas, esto es, que mantienen una interacción constante y, al mismo tiempo, constituyen lo que llamará un “medio asociado”. Sólo allí es factible hablar de un objeto técnico “dotado de una alta tecnicidad”.

En el lenguaje de Simondon esta proyección o transferencia de lo humano en lo artificial o, más precisamente, en esa mezcla de ambos que es el objeto técnico, toma el nombre de transducción. Esta es tanto transmisión como traducción y es el tipo de relación que el hombre mantiene con la máquina. Tal como sostiene Rodríguez, “el hombre como ser técnico mantiene transducciones muy variadas: de materia, de energía, de capacidades corporales, de imaginación”²⁹. Pero esta exteriorización de lo humano en lo técnico no la vive como una expropiación o alienación respecto de aquello que considera como lo más propio o esencial sino que incluso le permite reconocer en lo artificial ciertos aspectos de lo humano no expresables a nivel individual sino sólo articulables en el objeto técnico. No obstante, aclara Simondon, esta transducción de la intimidad del hombre en el objeto técnico encuentra un límite en la incapacidad de la máquina de replicar la facultad de lo viviente de “modificarse en función de lo virtual”, esto es, de resolver problemas por medio de “la recurrencia del porvenir sobre el presente, de lo virtual sobre lo actual”³⁰. La máquina, a diferencia del ser vivo, no puede anticipar un problema a resolver y modificarse en consecuencia para ello. Ella en cada instante existe en lo actual. De allí que el rol que el hombre está llamado a desempeñar en la reflexión simondoniana es la de “responsable” de concebir y pensar la relación que en el nivel de los conjuntos técnicos vincula a objetos técnicos que portan cierto grado de indeterminación y adaptabilidad. “Esta responsabilidad no es la del productor (...) sino la de un

²⁸ Ibid., p. 33

²⁹ Ibid., p. 13

³⁰ Ibid., p. 161

tercero, testigo de una dificultad que solamente puede resolver porque es el único que la puede pensar”. Y en otro pasaje luminoso sostendrá que,

“lejos de ser el vigilante de una tropa de esclavos, el hombre es el organizador permanente de una sociedad de objetos técnicos que tienen necesidad de él como los músicos tienen necesidad del director de orquesta (...) es el intérprete mutuo de todos en relación con todos. Del mismo modo, el hombre tiene como función ser el coordinador e inventor permanente de las máquinas que están alrededor de él. Esta *entre* las máquinas que operan con él”³¹.

3.

Desde una perspectiva general, la crítica de Simondon busca construir una idea de la técnica no subordinada al rendimiento ni a la figura del hombre como portador de herramientas. Una toma de conciencia equiparable, según él, al rol que el pensamiento filosófico jugó en la “abolición de la esclavitud y la afirmación del valor de la persona humana”³². Más allá de la dimensión, quizá desmedida, que atribuye a su propuesta, parecería filtrarse en ella cierto componente utópico e idealizante expresado en la confianza en un progreso técnico escindido de su utilidad económica. De allí que autores como Chabot sostengan que “Simondon tiene tendencia a olvidar aquello que las técnicas son realmente. Una tecnología que se privase del capital y del consumo se reduciría hasta que no quedase nada de ella”³³. Aún así la productividad de algunos de los conceptos que Simondon introduce para pensar la relación entre el hombre y la técnica no ha pasado inadvertida en el campo de la reflexión política. Así, retomando la caracterización del progreso de los objetos técnicos en términos de concretización y el modo en que éstos van constituyendo sistemas técnicos que internalizan las restricciones del medio ambiente como parte de su propia maquinaria, en lo que Simondon denominará un “medio asociado”, encontramos planteos como el de Andrew Feenberg quién sostiene la posibilidad de que la máquina incorpore al hombre como un aspecto central de su medio, de modo tal que ésta se adapte a él respetando e incorporando su inteligencia y habilidad antes que demandándole únicamente movimientos mecanizados y alienantes. Asimismo, en su proceso de concretización, los objetos técnicos podrían volverse más considerados a los requerimientos medioambientales estableciendo sinergias con el medio natural y contradiciendo la idea de que el progreso técnico consistiría en la conquista y dominio de la naturaleza. De este modo, los problemas ocasionados por la tecnología se resolverían profundizando la

³¹ Ibid., pp. 33-34

³² Ibid., p. 31

³³ Chabot, op. cit., p. 51

“tendencia interna del desarrollo técnico que construye totalidades sinérgicas de elementos naturales, humanos y técnicos”³⁴ más que en el retorno a figuras primitivas de ella.

Pero quizás la noción de transducción sea una de las más ricas en consecuencias para un pensamiento político de la técnica. Gracias a la transducción de lo humano en lo artificial, el objeto técnico es portador de una “disponibilidad” producto de la “realidad humana cristalizada en [él]”³⁵ sobre la cual se asienta la posibilidad de instaurar, entre los hombres, una relación distinta que Simondon denominará transindividual. “El objeto que sale de la invención técnica lleva consigo algo del ser que lo ha producido (...) se podría decir que hay naturaleza humana en el ser técnico, en el sentido en que la palabra naturaleza podría ser empleada para designar lo que queda de original, de *anterior a la humanidad misma constituida en el hombre*”³⁶, lo preindividual. Esto es lo que en el sujeto se conserva como no individuado sino como potencial o virtual. La transindividualidad caracteriza la puesta en relación de los hombres por mediación de sus objetos técnicos en virtud de la capacidad de éstos de expresar el componente preindividual que conservan. Esto que expresan y comunican es el acto de invención y de pensamiento del que han surgido. Si el trabajo se caracterizaba por ser la actividad de seres individuales, la transindividualidad acontece entre los hombres en tanto que sujetos, esto es, como algo más vasto y rico que el individuo, portadores no sólo de su individualidad, sino de una “carga de naturaleza, de ser no individuado”³⁷. Reconociendo esa carga de invención en el objeto técnico es que pueden verlo más allá de su aspecto utilitario, apreciarlo en base a su “funcionalidad” o aplicabilidad a diversos usos y agrupamientos que exceden la función utilitaria que cumplía como herramienta de trabajo. Precisamente en la línea de lo transindividual se ubican algunos de los desarrollos más interesantes de un autor marxista como Paolo Virno quien retoma y profundiza la idea de que en lo técnico se exteriorizan rastros de aquello que hay de colectivo en el pensamiento y la práctica humana no expresables a nivel del individuo y enfatizando el rol de la cooperación en la constitución de lo transindividual inscribe la reflexión simondoniana sobre la técnica en el horizonte categorial del marxismo: “Este transindividual, al mismo tiempo ‘técnico’ y ‘político’, a veces estoy tentado de llamarlo *comunismo*”³⁸.

³⁴ Feenberg, A., *Transforming Technology. A Critical Theory Revisited*, New York, Oxford University Press, 2002, p. 188

³⁵ *El modo de existencia*, op. cit., p. 262

³⁶ *Ibid.*, p. 263 (el subrayado me pertenece)

³⁷ *Ibid.*, p. 264

³⁸ Virno, P., *Cuando el verbo se hace carne*, Bs. As., Tinta Limón, 2004, p. 12 (subrayado en el original)

Ahora bien, volviendo a nuestro contrapunto inicial, ya para finalizar, la distancia que se abre entre los planteos de Marx y Simondon es evidente. Pues si para el primero la alienación se originaba en el modo de producción capitalista y la distribución que éste planteaba de los medios de producción, para Simondon, en cambio, si bien la condición servil en que el trabajador desarrolla su actividad ha sin dudas contribuido al oscurecimiento de la naturaleza específica de la operación técnica generando la ajenidad del hombre respecto de sí mismo tanto como del objeto técnico, dicha situación no constituye la causa última de su desconocimiento. Para éste sería posible plantear una alienación anterior al capitalismo pero esencial al trabajo en tanto que trabajo. Su denuncia de la alienación la realiza respecto del hombre en general independientemente del lugar que ocupe en la relación entre capital y trabajo y mostrando como éste reviste sólo una de las formas posibles que alberga el concepto más amplio de actividad técnica. De allí que algunos críticos le atribuyan no asignarle “ningún valor específico al punto de vista de los trabajadores sobre las máquinas. En ningún momento se pregunta si las reacciones violentas de los trabajadores en su encuentro con [ellas] no expresa algo distinto sobre su relación con la técnica que una simple ceguera”³⁹. En efecto, Simondon las considera únicamente como reacciones del sujeto amenazado en su rol de portador de herramientas y no como emanaciones de un conocimiento vital y originado en la experiencia. La alienación alcanza al individuo en general, como afirmábamos antes, tanto al capitalista como al proletario.

No obstante, más allá de ciertos aspectos conflictivos del diagnóstico simondoniano, tales como el carácter abstracto del sujeto alienado o lo utópico que puede resultar pensar el progreso técnico al margen de su utilidad económica, no sería imposible plantear cierta relación de complementariedad en donde la crítica articulada en torno a la dimensión económico-social, pueda dar paso a un plano más fundamental de la reflexión sobre la técnica. Una indagación que revele, como creemos lo hace el pensamiento de Simondon, el fondo sobre el cual descansa la inadvertida solidaridad entre las perspectivas tecnofóbicas o tecnofílicas. Más acá de dicha polarización, Simondon echa una nueva luz sobre algo cuya proximidad constituyó quizá un obstáculo para su comprensión. No se trata del lamento romántico de quién anhela el retorno al origen. A un primitivismo inalterado por la mercantilización y el proyecto civilizatorio que significó la llegada de la sociedad industrial. Se trata, por el contrario, de restituir, tras la imagen inmóvil que el trabajo humano proyectó sobre el objeto técnico, una génesis compleja, un devenir.

³⁹ Combes, M., *Gilbert Simondon and the Philosophy of the Transindividual*, Cambridge, The MIT Press, 2013, p. 75

Bibliografía

- Chabot, P. (2003): *La philosophie de Simondon*, Paris, Vrin.
- Combes, M. (2013): *Gilbert Simondon and the Philosophy of the Transindividual*, Cambridge, The MIT Press.
- Feenberg, A. (2002): *Transforming Technology. A Critical Theory Revisited*, New York, Oxford University Press.
- Heidegger, M. (2000): *Carta sobre el humanismo*, Bs. As., Ed. del 80.
- Ingold, T. (2000): *The Perception of the Environment*, London, Routledge.
- Marx, K. (1973): *Capital* (Tomo I), México, FCE.
- Marx, K. (2003) *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, Bs. As., Colihue.
- Rodriguez, P. (2007): “De técnicas y de humanismos” en *La Biblioteca*, N°6, Primavera 2007, Bs. As., Biblioteca Nacional, pp. 142-152.
- Simondon, G. (2007): *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Bs. As., Prometeo.
- Simondon, G. (2009): *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, Bs. As., Cactus-La Cebra.
- Sloterdijk, P. (2001): “El hombre operable” en *Artefacto*, N°4, Bs. As., pp. 20-29.
- Virno, P. (2004): *Cuando el verbo se hace carne*, Bs. As., Tinta Limón.

